

colorchecker CLASSIC

xrite

mm

CONTESTACION
AL MANIFIESTO
DEL
TRAIDOR MAROTO.

Marokey

Contestacion al manifiesto



XIII
8

1839

villa, hemos recibido de Tho S.ⁿ D. Donofre Vanez, Adm.^o de las Rentas y
efectos y en este su estado le corresponden a el Ex.^{mo} S.ⁿ Marques de Mor
al, la cantidad de 200.000 rs. los mismos, y por razon de
asistencia a Tho S.ⁿ en la temporada averano, con nuestras personas y ca
para la recoleccion y cobranza de los granos y rentas pertenecientes ad.
y empanerarse a ellas, nos ha satisfecho segun de otro año ha sido de
tumbre; y para su resguardo y abono damos el presente q^e firmamos
esta Valverde de Campos y Mc. 2. de 1806 =

Son 200.000 rs. non

Thomas Baquero

Abiarn Baquero

20
121

CONTESTACION
AL MANIFIESTO
DEL
TRAIDOR MAROTO.

XIII

8

CONSTITUTION

AIR MANIFESTO

DEL

TRAFICANTE MAROTO

1000

CONTESTACION
AL
MANIFIESTO

DEL
TRAIDOR MAROTO,

ó
RESEÑA

**DE LOS ULTIMOS ACONTECIMIENTOS EN LAS
PROVINCIAS VAZCONGADAS,**

POR
ALEJANDRO DE MARCLEY,

CAPITAN AYUDANTE A LA PLANA MAYOR
DE LA DIVISION CASTELLANA.

..... Quæque ipse miserrima vidi,
Et quorum pars..... fui.....
(VIRG., *En.*)



BAYONNE,
IMPRIMERIE D'EDOUARD MAURIN.

—
1839.

Reg 2762

CONTESTACION

IN APLICACION DE LA LEY

TRABAJOS MARITIMOS

ESPAÑA

DE LOS ULTIMOS ACORDOS EN LAS
PROVINCIAS Y AZORAS

Y

A LA LEY DE

TRABAJOS MARITIMOS

DE 1908

Yo, el Sr. D. [Name], Jefe de la Oficina de [Office Name], en virtud de lo dispuesto en el artículo 1.º de la Ley de 1908, certifico que el Sr. [Name] ha sido admitido en el servicio de [Service Name] el día [Date] de [Month] de [Year] con el sueldo de [Salary] y en virtud de lo dispuesto en el artículo 2.º de la Ley de 1908, se le ha concedido el subsidio de [Subsidy Name] con el importe de [Amount] y en virtud de lo dispuesto en el artículo 3.º de la Ley de 1908, se le ha concedido el subsidio de [Subsidy Name] con el importe de [Amount].

[Signature]

DAYOARD
DIRECCION GENERAL DE TRABAJO

1908

Ref 2702



ESTRANGERO, exento de toda animadversión hácia las personas que van á ocuparme, resuelto á no volver á pisar el suelo Español, me hallo en posicion muy ventajosa para decir la verdad, bien que con la templanza y respeto que exigen las circunstancias. La tea de la discordia todavía ostenta su resplandor mortífero en España, y los males de esta nacion desventurada nunca me serán indiferentes. Fatigado de escuchar por todas partes versiones distintas é inexactas sobre los acontecimientos de Vergara, esperé con ansia el ma-

nifiesto de Maroto. Ya vió la luz; pero incompleto y preñado, contribuye á enredar mas las opiniones, y en tanto vacila con ellas el honor de mis compañeros de armas, dignos de mejor suerte. Yo quiero presentar por ellos la relacion breve y exactísima de aquellos acontecimientos, escrita con la llaneza propia de un jóven que salió de un colegio militar para entregarse á las rudas tareas de la guerra de montaña. Para los que esten en antecedentes bastan mis indicaciones, á los demas aprovecha no entenderme.

Abracé la causa de D.ⁿ Cárlos con el interes noble que inspiraba aquel puñado de valientes que abandonados á sí solos, y soportando con heroismo sin ejemplo toda clase de privaciones y fatigas, resistieron bizarramente por seis años las armas de cuatro potencias coligadas, las derrotaron, y prosperaron hasta organizar, como por encanto, un ejército que, á pesar de sus defectos, será mas admirado á proporcion que se aleje de nuestros dias.

Pero esta república de gloria y entusiasmo nutria en su seno mil elementos de destruccion. El mas poderoso de estos, el capital, y por decirlo así, el surtido de los demas, eran los ministros de D.ⁿ Cárlos. Las pasiones miran á través del verdadero concepto, y ningun partido nos ha fijado la idea justa de las cuali-

dades de aquel príncipe. Es D.^o Cárlos religioso, y no tan fanático como lo suponen sus enemigos; nada tiene de feroz ni de sanguinario; tiene, sí, resignacion en los trabajos, y firmeza para no prestarse á los actos que no van acordes á su conciencia. Persuadido de que su causa era la de Dios, creia infalible su triunfo, aun descuidando los medios humanos; y esta fatalidad comunicó desde un principio laxitud y falta de energía para contener los que le rodeaban; mas estos, amañando las exterioridades; jugaron con la voluntad real de una manera ridícula. Así originaron tantas desgracias, así detuvieron el vuelo brillante y atrevido de la victoria que seguian sus estandartes, y condujeron su causa al término en que hoy se mira.

Zumalacarregui, á cuyos talentos y virtudes no puede hacer justicia la generacion actual, no habia tratado á D.^o Cárlos cuando desembainó por él su espada no vencida: á pocos dias de saludarle en las Provincias Vascongadas predijo su desgracia. Varias veces ocurrió á este caudillo deshacerse con un golpe militar de todas las personas que abusaban de la piedad del Rey; pero siempre le detuvo el respeto al principio que representaba su causa, y de perder por consecuencia el prestigio y simpatías que debian sostenerla.

No á todos arredraron tan justos recelos ; y creimos llegado el caso , cuando nos sorprendieron los memorables sucesos de Estella , á principios de este año. Mas el general que se remontó con tal arrojo , no supo sostenerse en aquella altura , ni descender con dignidad. Es locura querer persuadirnos que aquellas ejecuciones fueron la meditada preparacion del desenlace de Vergara. No : las ideas de Maroto eran entonces muy distiintas ó mas elevadas ; pero , repito , no supo llevarlas á cabo.

Nadie ignora que los cristinos y los carlistas estábamos divididos en exaltados y moderados. A estos pertenecian las personas mas cultas , las que querian perder algo y no esponer el todo , y admitir en el sistema gubernativo modificaciones razonables. Por el contrario los primeros creian peligrosa y criminal toda innovacion , y era su divisa triunfar completamente ó perecer. Por desdicha , Arias Teijeiro se colocó á la cabeza de este partido , y durante su monstruosa administracion se ocupó esclusivamente en abatir , procesar y encarcelar á cuantas personas de mérito tuvo á su alcance. Su tema absurdo , que no se abochornó de proclamar , era que para vencer y gobernar solo se necesitaba lealtad : toda persona instruida le era sospechosa. ¡Tal era el ídolo de D. Carlos , el ministro universal. . !!!

Pudo sin embargo conseguirse, como por sorpresa, que fuese llamado Maroto para encargarse del ejército; pero se hubiese vuelto desairado á no ocurrir la derrota de Peñacerada, debida, como otros descalabros, á la torpeza de Guergué. Dado el mando á aquel general, á pesar de la tenaz y abierta resistencia de Arías Teijeiro, estalló entre ámbos la pugna oficial mas encarnizada. Era consiguiente; pero nada bastó á persuadir al Rey, ni antes ni despues, el reemplazamiento total del miunisterio. Tenia cosido á su corazon al jóven Gallego, que á su presencia se estasiaba en la contemplacion divina.

El nuevo general se dedicó con éxito felicísimo á la reorganizacion del ejército, y supo manifestar al pueblo que se esmeraba en su alivio: adquirió por tanto el voto de confianza de uno y otro, y esto le sostuvo. Veíalo con sobresalto Arías Teijeiro, sentia cercano el momento de rodar con todo su partido, y observaba que los moderados cristinos y carlistas se iban aproximando, y que no era difícil se diesen la mano. Tocó pues alarma entre sus partidarios, y ponderando el peligro y la necesidad de arrollar á Maroto, comprometió á García, Sanz y Guergué, á preparar una insurreccion militar con este objeto. Sábelo Maroto, y fusilá en un mismo cuarto de hora

cinco generales : tal vez no haya otro ejemplo en la historia. Como los fusilados eran los gefes navarros de mas influencia en su pais, y murieron en medio de aquel reino y de sus batallones, admiramos la imperturbabilidad y energía de Maroto. Mas el Rey, afligido á la vez por el general y por Arías, sintió su desgracia.

Constitúyese en dictador el gefe de las tropas, el trono capitula, aleja todos sus enemigos, y organiza el gobierno á su placer. Si entonces el general hubiese manejado la espada como la pluma, no apareciera pisada la corona que defendia, ni se creyeran arbitrarios los fusilamientos, ni fueran ilusorias las promesas hechas al público.

Salieron de sus prisiones y destierros Eguía, Villareal, Zaratiégui, Urbistondo, Elió, Latorre, y otros. Fueron nuevamente colocados, y continuaron acordes, lo mismo que Negri, Silvestre y Royo, que habian intervenido en los fusilamientos de Estella, hasta las ocurrencias de Ramales. Fue notable desde entonces la frialdad y divergencia de estos generales con Maroto, y mucho mayor la del gobierno. La opinion del caudillo vacilaba; pero apareció lord John Hay, y con él la voz de *Paz*, que difundida rápidamente fue saludada con el entusiasmo consiguiente á seis años de penali-

dades y sacrificios indecibles. Crecia la voz con mas consistencia; mas nadie sabia como, ni en que términos se verificaba. A pesar de todo, se murmura agríamente la tranquilidad con que Espartero fortifica á Orduña y Amurrio, y el furor vandálico con que se entregan al incendio los pueblos y campos de Navarra y Alava; mientras nuestro general, que ya en Ramales no se habia esmerado, abandonaba sin oposicion al enemigo todos los puntos en que se presentaba. Para acallar esta murmuracion y disipar las sospechas del gobierno, se publicó aquella proclama : « Voluntarios : se acerca un dia de combate, etc. » No bastó.

Disparados por plataforma algunos tiros en Villareal y en Areta, y permitida á los cristinos la posesion de Durango, nadie dudó que los dos generales estaban perfectamente convenidos. Y en tanto las noticias todas confirmaban la paz, girando con variedad sobre la idea de enlazar á la primogénita de Fernando VII con un hijo de D. Cárlos.

Tanto bien atribuía Maroto al Rey solo la negativa á todo acomodamiento; y se añadía que despreciaba los consejos de los hombres de estado, nacionales y extranjeros, por seguir la marcha de Arías Teijeiro, con quien sostenia clandestina correspondencia, dando lugar á las convulsiones capitaneadas por Eche-

varria. Se ponderaba tambien la absoluta falta de recursos y la miseria de las Provincias, debidas al mismo origen, sin que nada bastase á hacerle desistir del empeño en la guerra. Con tales propalaciones pudo Maroto engañar á los soldados, indisponerlos contra su Rey, y hacerles olvidar cuantos sacrificios habian hecho en su favor.

Pero á nadie ocurrió una idea semejante al convenio de Vergara. Creíamos todos que se habian acordado bases mucho mas importantes, y anteriores al primer paso de Espartero hácia el interior de estas Provincias, sopena de sospechar traicion. Los escritos de Narvaez, las quejas de la exaltacion liberal lo confirmaban, y el orgullo de Maroto parecia responder de lo mismo, al solo recuerdo de sus glorias en Arrigorriaga.

Hallábase este en Elgueta con sus batallones, y ante ellos se presenta el Rey de improviso; les harena « que van engañados, que no hay paz ni puede obtenerse sino con las armas; y les interpeló por último si le reconocian por su Rey, y si deseaban continuar defendiéndole. » Le contestaron muchas voces « ¡ *Viva el Rey!* » y algunas « ¡ *Viva Maroto!* » Replicó si defendian al Rey ó al general, y repitieron « ¡ *Viva el Rey!* » Maroto se encontraba á su lado, y no debia estar tranquilo. Ya veíamos

que D. Carlos iba á desenvolverse, aprovechar aquel momento, y concluir la escena de un modo trágico; y el buen Señor retrocede á Vergara para dictar las órdenes que otro en su caso hubiera ejecutado en el campo. Es falso cuanto ha corrido acerca de esta entrevista, fuera de lo referido.

Maroto se apresuró á publicar la paz, es decir, las tres condiciones de reconocer á D. Carlos por Infante, fueros y empleos, que dijo haberle remitido el gobierno de Madrid por conducto de Espartero. (*) Igual comunicacion hizo al ministerio, añadiendo que esperaba las órdenes de S. M., en tanto que iba á conferenciar con Espartero para pedirle aclaraciones. Todo fue confusion desde aquel momento. Huyó el Rey de Vergara, marchó el general con sus batallones á Elorrio, y allí se le presentó el conde de Negri á exigirle el mando del ejército, de que le encargaba una real orden que le exhibió, *por haber aceptado S. M. la dimision de Maroto, durante su enfermedad.* Las contestaciones que el conde recibió de este y de Latorre son muy sabidas.

Negri se constituyó en Elgueta con el general de ingenieros Silvestre, y algunos ayu-

(*) Todo fue invencion de Maroto para poner un contrapeso á las órdenes fulminantes del gobierno, que le ausentaban del mando del ejército.

dantes y oficiales de E. M., con los cuales empezó á comunicar á los cuerpos la real órden mencionada. Pero, á cosa de las nueve de la noche, fué sorprendido y cercado el pueblo por el coronel Cuevillas, que, de órden de Maroto, hizo prisionero al conde con todo su acompañamiento, menos á Silvestre, que, como en todas ocasiones, habia huido con anticipacion. El defensor de Morella, á pesar de trágicos agüeros, se condujo con dignidad y valor. Llegado á Elorrio, tuvo una larga y reservada sesion con Maroto, y se ausentó en seguida, quedando en libertad sus oficiales.

En la misma noche continuaron las tropas, con su general á la cabeza, hácia Durango. La aurora del 27 de agosto alumbró la reunion de los dos generales enemigos y su conferencia de tres horas. Volvió Maroto al cabo de ellas, anunciando á los suyos que habia roto con Espartero, pues este faltaba á su palabra; y que se preparasen por consecuencia á romper las hostilidades con mas furor.

Emprendimos desde luego movimiento retrógado por Eibar y Azcoitia, en donde pernoctamos el 28. Sobre la marcha, despachó Maroto á su ayudante Duffau á comunicar al Rey lo ocurrido, y manifestarle que el general esperaba sus órdenes. Con igual mision fue poco despues el doctor Laso portador de aquella

carta de *perdon* que copiaron los periódicos.

Se nos reunió en Azcoitia el general Latorre, quien, segun dijo despues, fue avisado de que Maroto trataba de escurrirse á Francia, y vino á evitarlo.

Por un movimiento de flanco nos trasladamos al inmediato amanecer á Villareal de Zumarraga, cuando Espartero ocupaba á Vergara, quedando intermedio el alto de Descarga de gloriosa memoria. Tratábase de atacar; pero se opuso Latorre, manifestando que su division y provincia habian consentido plenamente en la paz; que la causa del Rey no tenia ya el menor eco en los pueblos, que se hallaban imposibilitados de continuar ni un dia mas la guerra, y en tal estado seria infaliblemente desgraciada toda operacion militar, que si los demas retrocediesen, él solo á nombre de Vizcaya transigiria con Espartero.

Prevalece su opinion; y este general y Urbistondo y el auditor Lafuente (¡Lafuente! nunca hay funcion sin tarasca), marcharon al campo enemigo, y volvieron *con la paz hecha*. Así mismo se comunicó á las tropas, que victorearon á la paz: si preguntaron cuales eran las condiciones de la paz, fué la invariable respuesta: « Todo esta arreglado. ¡Viva la paz!»

Así continuaron los cuerpos hasta las inme-

diaciones de Vergara. Tres batallones guipuzcoanos, al mando del brigadier Iturbe, acamparon en el alto de Descarga; los Castellanos, con la caballería, artillería é ingenieros, á la salida de Anchuela, y Urbistondo á su cabeza; y la division de Vizcaya quedó, con Latorre, por nuestra derecha. Maroto se metió en Vergara; y no aplaudimos que en tal crisis solo él abandonara su puesto, é indicase en todas sus acciones mas confianza de los cristinos que de los suyos, de aquellos que le habian entregado á ciegas y sin restriccion su honor y su existencia.

En la misma noche (del 30 al 31) recibieron los Guipuzcoanos una órden de Iturriaga para separarse inmediatamente de Maroto, pues trataba de entregarlos bajo condiciones deshonorosas, y reunirse á su division. Vacila Iturbe, y comunica á Maroto que sus batallones quieren unirse á la division, y que debe acceder una vez que esta se halla de acuerdo, y que las compañías de preferencia rehusan continuar. El general envió un Ayudante de E. M. G. para contestar á Iturbe y sossegar los batallones, y los halló en confusion; y sin poder hacerse entender, ni encontrar al brigadier, los vió desfilar por la parte opuesta.

Retrocedió el ayudaute; y á la bajada del puerto tropezó con Iturbe, quien con la no-

ticia de la ocurrencia marchó á alcanzar los batallones, sin manifestar en que sentido; pero despues se ha asegurado que en aquella noche ofició al Rey manifestando la sumision de su brigada, y otra cosa á Urbistondo. Este general se alármó, y marchó á Vergara á verse con Maroto, dejando órdenes en su campo *para evitar que se propagase el movimiento de los Guipuzcoanos.*

No se pudo ocultar: dudosos jefes y oficiales, que viéndose sin ninguno de los generales en quienes habian depositado su confianza, determinaron ocupar la posicion de Descarga, y tomar de allí una resolucion decisiva.

Era ciertamente crítica y triste la posicion de estos beneméritos. Estaban demasiado convencidos de que su Rey los juzgaba ya traidores, y sus espaldas se hallaban amenazadas por las sanguinarias bayonetas de los Navarros; se esponian á malograr la ocasion de hacer el bien del pais, y por otra parte se resentia su pundonor de abandonar una causa por la que habian combatido seis años, y á sus compañeros de armas. Todo podia conciliarlo el tratado, pero de este les era solamente conocida la mala manera con que fue concluido.

¡Desdichada y pundonorosa oficialidad! os vi entonces invocar mil veces la muerte, y maldecir los hados que os habian conservado

la vida en medio de tantos combates, de tantos riesgos y fatigas!

Con tal angustia subia la columna el puerto, cuando llegó Urbistondo á escape; y á su sola voz de contramarcha, ejecutaron las tropas el movimiento con el silencio y precision de parada. ¡ Tanto era el influjo de aquel general en la division, y tanta la subordinacion nunca bien ponderada de la misma.

Al fin la columna castellana entró en Vergara, y despues Iturbe con sus batallones. Les harenó Espartero, abrazando á Maroto, y dió vivas á la paz, á la union de los Españoles y á Isabel 2.^a A los dos primeros contestaron nuestros voluntarios con fervor; y al tercero se miraron con silencio, mutuamente sorprendidos. Admiramos la disciplina del ejército de Espartero, la cordialidad y finura con que nos abrazó. El mismo dia entró la division de Vizcaya, y mas tarde la de Guipuzcoa, aquella completa, esta en cuadro.

Por último apareció el convenio muchas horas despues!!!... Fueron tantas las licencias que se pidieron para Francia, que á poco se borró el artículo 4.^o, por mas qué breme el derecho de gentes. De la division castellana todos pidieron las absolutas.... ¿ A qué nos cansamos? Ni un solo oficial, ni un soldado, ha quedado satisfecho del convenio. Los mis-

mos generales convenidos declaman contra él, y dicen que Maroto condujo las cosas á tal término por su precipitacion, timidez y poca destreza; y Maroto á su vez dice que no tuvo mas parte en aquel tratado que haberle recibido firmado por los gefes que cita.

Yo mismo he oido espresarse con calor en el primer sentido á Urbistondo y á Latorre. Yo sé que otros generales ilustres querian tambien transaccion, y no entraron sin embargo en el convenio. . . . Todos queríamos paz, no solo los de Vergara sino todos los carlistas; todos sentíamos la necesidad de concluirla á costa de cualquier sacrificio: pero queríamos efectivamente paz para la España, paz para todos los Españoles; queríamos un convenio honroso, que no nos espusiese á que los compañeros nos apellidasen traidores, y los cristinos pasados y forzados; un convenio que obligase hácia nosotros la gratitud de nuestros compatriotas; un convenio en fin propuesto al gobierno de Madrid con tranquilidad y decoro desde las márgenes del Ebro, y no dictado por las bayonetas de Espartero en el corazon de Guipuzcoa, cuando nos cerraba todo paso el resentimiento de un Rey engañado, y la fiera venganza de los Navarros.

Por eso Iturriaga retiró su palabra, y Alzá, cuya instruccion y bella índole nos es cono-

cida, prefirió sacrificarse, y lo mismo Zaratiegui, Villareal y Elio que tanto padecieron por la paz, en ocasiones mas óportunas.

No se crea por lo dicho que juzgo el convenio como un mal; el convenio es un bien comparado con los males que evita: pero es un bien muy pequeño en parangon de lo que pudo hacerse, un bien mal hecho que nos acarrea disgustos. El mismo Maroto, en su alocucion de Vergara, confiesa que por la repulsa del Rey su espíritu se enardeció y se dedició al último paso: luégo no obró por convencimiento ni por reflexion. . . . Y ¡un espíritu enardecido concluye una negociacion diplomática tan delicada!

¿A qué penetró Espartero impunemente hasta Vergara? ¿para obligar á D.ⁿ Cárlos? Fuera de ser una imprudencia desmedida, era un cálculo desacertadísimo. ¿Para obligar al ejército? luego este no estaba de acuerdo con Maroto, y en tal caso hizo traicion á la confianza que en él depositaron sus compañeros de armas. Y si estaba de acuerdo, ¿porque cada general no se conservó en su campo? Penetró Espartero bajo garantías dadas á Maroto: luego el convenio fue concluido mucho antes por este jefe esclusivamente, y no por los referidos en Vergara. Maroto en fin se colocó en una situacion desventajosísima entre

el Rey y Espartero, y el resultado habia de ser violento. Con mas sagacidad, mas tacto político, ideas mas elevadas, y no haber manejado este asunto tan en pequeño, hubiera ejecutado una gran obra, y dejado satisfechos á todos.

Esperaba que el manifiesto de Maroto nos despejase estas dudas y otras; pero es un papel como todos los de este general. Pondera la grandiosidad del convenio, y se disculpa de ser su autor; que se prestó á él porque no podia subsistir un dia mas el servicio de D.ⁿ Cárlos, dando así lugar á que se confirme la idea de que fue una precipitacion, una salvacion personal. Promete publicar documentos é historia detallada, sin acordarse que es ahora cuando se necesitan, y que aun estamos esperando los primeros que prometió. Habla tambien de gefes que no nombra, de exposiciones cuyos términos no manifiesta, y de planes y circunstancias que no desenvuelve: en fin, está lleno de reticencias y generalidades, que lejos de darnos alguna luz nos confunden mas; en tanto que pensamos con tristeza en la proclama de Orozco, abriendo la guerra á muerte cuando ya estaba en relaciones con lord John Hay, y en la carta de sumision al Rey, firmada veinte y cuatro horas antes del convenio de Vergara.

Estoy persuadido de que el general Maroto ha procedido con mala intencion, y por la misma cometió grandes errores; consecuencia fatal de su espíritu de venganza contra su Bey. Mas si, como dice, no ha vendido su espada ni su ejército por el oro, y no ha intervenido en el tratado mas dinero que el de las pagas concertadas, ¡cuánto mas valiera que el general hubiese añadido en su manifiesto que rehuzó las cuatro pagas, y la faja, y su sueldo, una vez que es rico!

En fin estoy muy lejos de vituperar el recibo de las cuatro pagas. Muchos oficiales, por una delicadeza muy bien entendida, no podian permanecer en España; y ¿con qué medios se hubieran trasladado y subsistido por el pronto en el extranjero? Era necesario que se pegasen un tiro, ó se convirtiesen en pillos. Esta crítica la mueven los desgraciados que no han podido percibirlas. ¡Compasion!

Y vosotros jóvenes generales Urbistondo y Latorre, ¿porqué no se alza vuestra voz? ¿porqué la prensa no reproduce vuestros conceptos? ¿porqué no dispensais una mirada de justicia al honor de tantos oficiales beneméritos en cuyo mando cifrabais un dia vuestra gloria? ¿no recordais con ternura los laureles que os prodigaron en Oriamendi, Huesca, Barbastro, Villar de los Navarros? ¿Podréis prescindir

dir que cada monte Vascongado es un monumento indeleble que trasmitirá á los siglos nuestra virtud y vuestro renombre? contemplad que mi pluma es muy débil, muy limitada. . . . Convenceos de que la franqueza y la claridad sin reserva es el único medio de purificar vuestra fama.

Infame y traidor Maroto, disfruta del vil precio de tus depredaciones é intrigas, regocijate con la negra satisfaccion de tu orgullo, y baja venganza; oye con indiferencia los clamores y quejas de tantos héroes y de tantas familias que has sacrificado; escucha con flemma y calma los quejidos de tantos infelices acobijados de la hospitalidad francesa; confúndete y consúmete entre los justos remordimientos y duras acusaciones de la conciencia; y despedazéate la constante idea, y la firme memoria de que el Dios de las venganzas jamas deja impune la traicion, ni es indiferente el crimen.

A Dios, España desventurada, y digna de ser feliz : parto con sentimiento de tu suelo hermoso, y del cada de tus hijos, mis compañeros de armas, tan valientes en los combates como leales en la amistad, y entre los cuales hubiera querido morir. Allá desde las montañas de mi patria, parecidas á estas en que tanta gloria habeis adquirido, suspiraré por

vuestra dicha y por vuestra paz, . . . La paz por que tanto sacrificio habeis consumado. ¡ Ah, quiera el Cielo que la goceis completa y duradera por años infinitos; y veais á su sombra levantarse vuestra nacion grande y magestuosa, á la altura que la señalan la benignidad de su clima y las virtudes de sus moradores! Yo en tanto referiré con admiracion vuestras hazañas á mis antiguos compañeros, y será de vosotros mi último recuerdo.

A. de M.

NOTA. — Se me ha permitido la lectura de una obra escrita por M.^r M. G. Mitchell, cuyo título es: *El campo y la corte de D.ⁿ Carlos*, narracion histórica de todo lo que ha pasado en las provincias del norte de España desde que Maroto tomó el mando del ejército carlista en 1838 hasta la entrada de D.ⁿ Carlos en Francia en 1839;

Con documentos justificativos y notas ilustrativas, precedida de una biografía de Maroto.

Esta obra, escrita con imparcialidad, apoyada en un conocimiento exacto de los hechos y en numerosos é importantes documentos, debe llamar la atencion del público y escitar el mas vivo interes. La marcha ostensible de los negocios y manejos secretos de Maroto hasta su declarada traicion en Vergara, aparecen en ella bajo su verdadero punto de vista. Su impresion se ha comenzado ya y en breve saldrá á luz.

Decimos Nos Juan^{co} y Antonio Moreno, Moros Cobradores de la
sida en este presente año de las Ventas de Ganado pertenecientes en esta Villa
a el Ex.^{mo} Sr. Marqués de Monreal, havian recibido de D. Honorio Y
su Dom.^{no} la cantidad de quatrocientos r^{es} v. n. y los mismos q^e por Na
orla recoleccion y portacion de ellos, en la temporada de verano, con
tras personas y Cavallerias, a las casas y heras de los Deudores a las Par
ord.^{es} se nos satisfieren todo los años segun ajuste y conbenio; y para
conste y surto de abono. a Dho. Sr. Dom.^{no} firmamos el presente en esta
a Villavieja y de. N. de 1806 =

Son 400. r^{es} v. n.

Juan^{co} Moreno